

**GERARDO MOLINA, UN PERFIL<sup>1</sup>****Gonzalo Cataño<sup>2</sup>**

Quiero, en primer lugar, agradecer la invitación cursada por las directivas de la Universidad Libre para abrir las sesiones de la cátedra Gerardo Molina, dedicada a las relaciones entre *Ética* y *Derecho*. No hay tema más urgente en nuestro tiempo que el concerniente a la observancia y aplicación responsables de las normas que rigen las relaciones de los hombres y mujeres entre sí, y de todos ellos y ellas con los organismos del poder público. El imperio de los usos y costumbres ha cedido terreno ante los ordenamientos formales. Por todas partes encontramos estatutos, reglamentos y códigos que establecen la conducta esperada y socialmente aceptada. Si ayer el derecho era fuente de libertad, un arma contra el despotismo y la arrogancia del poder, hoy es visto por no pocos analistas como un marco de sometimiento y negación de la afirmación y creatividad individuales. Todo parece estar reglamentado en la actualidad, la vida pública y la vida privada. Los variados expositores de esta cátedra —juristas, filósofos, sociólogos, historiadores y educadores— abordarán sin duda estos temas y ofrecerán respuestas por el ansiado equilibrio entre lo público y lo privado, entre el interés general y el interés individual.

Pero las directivas de la Universidad Libre no me han invitado a hablar de los fines del Derecho ni de las bases morales que deben acompañar a los ordenamientos jurídicos. Mi tarea es mucho más modesta. El señor rector, doctor Fernando D’Jannón, me ha pedido, por el contrario, hacer un bosquejo de Gerardo Molina, el rector *magr4ficus* cuyo nombre lleva la cátedra que hoy inauguramos. Creo que no hay profesor, egresado y estudiante de la Universidad Libre, que no lleve en su corazón algún recuerdo de este insigne orientador académico. Para muchos de nosotros, inclusive, él representa una conducta ejemplar que nos gustaría fuera más conocida e imitada en la Colombia de fin de siglo; en la de un país asistido por profundas tensiones y apurados cambios en las esferas de la economía, la cultura y la política.

## 1

El legado de Molina se puede resumir en tres direcciones no siempre fáciles de armonizar. Molina fue un hombre de la política, un profesor y un investigador social. A lo largo de su vida activa intentó cubrir las demandas particulares de cada uno de estos papeles, y siempre estuvo atento a los peligros que acechan el ejercicio de uno y otro. Conoció bien las tensiones entre la política y el ejercicio académico. Sabía que la política era la oportunidad, la convicción y la persuasión, el reino de los valores y del deber ser. Allí la ciencia puede ofrecer datos y descripción de experiencias, pero seguirla de cerca puede llegar a limitar la intuición y la agilidad y vivacidad de las decisiones del momento. Otra cosa ocurría con el mundo universitario. Las labores de docencia e investigación obedecen a patrones distintos, cuando no francamente opuestos. La difusión del saber y la obtención de nuevos conocimientos se rigen por lo que es y no por los deseos y

---

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas en la inauguración de la Cátedra Gerardo Molina de la Universidad Libre (agosto de 1996).

<sup>2</sup> Sociólogo. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional.

aspiraciones del analista. Allí la ~'política es un objeto de estudio y no un ejercicio para organizar las voluntades de profesores y estudiantes. ¿Hasta qué punto Molina fue capaz de sostener un equilibrio entre estos dos papeles asistidos por lógicas encontradas?

Molina nació en Gómez Plata, una pequeña y olvidada población del noroeste antioqueño en 1906, y murió en Bogotá en la mañana del 29 de marzo de 1991, poco antes de cumplir sus 85 años. Era el hijo menor de una extensa familia de clase media rural con algunas inclinaciones por la educación. Uno de sus hermanos, Juan C. Molina (1892 - 1958), 14 años mayor que Gerardo, se convirtió en su orientador escolar. Juan C. se hizo abogado y pasaría a los anales jurídicos nacionales como uno de los más notables especialistas en legislación minera, materia sobre la cual escribió el manual más acreditado de su tiempo, el *Tratado teórico y práctico de derecho minero colombiano*. El joven Molina hizo sus estudios primarios en Gómez Plata y luego pasó a Medellín para emprender la secundaria. Siguiendo los pasos de su hermano mayor, se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, pero a poco de comenzar la carrera se vio involucrado en un movimiento estudiantil contra la educación confesional. Las tensiones con las directivas y el clima arcaico de la institución lo motivaron a trasladarse a la Universidad Nacional de Bogotá, donde alcanzó el grado de doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales en 1933.

Molina pertenece por lo tanto a aquella generación que surgió a la vida nacional en los años treinta y se fortaleció en la década siguiente. Sus compañeros de generación fueron los políticos liberales Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Michelsen, los historiadores y analistas sociales Luis Ospina Vásquez, Guillermo Hernández Rodríguez, L. E. Nieto Arteta y Antonio García y los escritores Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Aurelio Arturo, Jorge Zalamea y Eduardo Zalamea Borda. Todos ellos nacieron durante los primeros 15 años del presente siglo y su formación estuvo a cargo de la fogosa generación del Centenario, el grupo que alcanzó un marcado estatus directivo en la política, la cultura y los negocios a partir de los años veinte.

Molina comenzó su actividad política en una edad temprana. Estando de vacaciones en su pueblo natal, en 1930, festeja el paso del candidato Enrique Olaya Herrera por la localidad de Porcecito, una estación del antiguo y en una época célebre Ferrocarril de Antioquia. Allí pronunció un ferviente discurso ante el futuro Presidente de Colombia, que Eduardo Santos, miembro de la comitiva, publicó días después en las páginas editoriales de *El Tiempo*. Aquello lo hizo conocer en los medios más influyentes del partido liberal y le abrió las puertas de provechosos vínculos con los grupos que habrían de dominar el escenario político de los treinta. En 1933 fue elegido a la Cámara de Representantes por la circunscripción electoral de Medellín como suplente de Baldomero Sanín Cano —uno de sus ídolos intelectuales—, y cuando este último fue nombrado embajador en la Argentina, el joven Molina, de 27 años, ocupó la curul. Algo similar ocurrió en 1935, cuando su nombre fue escogido para acompañar al senador Abel Botero, quien una vez elegido cedió al suplente el ejercicio del cargo. Esta segunda oportunidad lo llevó a participar en los debates que acompañaron la innovadora administración de Alfonso López Pumarejo. Allí contribuyó a la redacción de la legislación obrera, a las discusiones sobre la reforma universitaria y al estudio de los temas constitucionales de mayores consecuencias sociales del momento. En su labor parlamentaria puso especial énfasis en la protección al obrero, en la democratización del gobierno universitario y en la función social de la propiedad.

Estos fueron también los años de su interés por las ideas socialistas, el marco de referencia de toda su vida. A diferencia de la izquierda de su tiempo, muy cercana al marxismo y a la experiencia estalinista de la revolución rusa, el joven Molina optó por otras tradiciones europeas caracterizadas por el respeto al juego democrático. Desde un principio luchó por la pluralidad de partidos, por la organización sindical de obreros y campesinos y por las elecciones y la defensa de las instituciones parlamentarias. El reformismo del laborismo inglés y el espíritu de transacción de Jean Jaurés —a quien llamaba “mi maestro en socialismo”— nutrieron su pensamiento político y el espíritu de sus demandas. Su actividad se distinguió siempre por la búsqueda de lo posible junto con una especial sensibilidad por el ahorro de sufrimientos. Luchó por transformaciones sociales controladas que evitaran la violencia, el dolor humano y el hundimiento de las libertades.

Durante la segunda administración de López Pumarejo, muy dado a rodearse de jóvenes laboriosos y arrojados, Molina fue nombrado rector de la Universidad Nacional. Ahora tenía 37 años y estará al frente del *ama mater* por cuatro años, de 1944 a 1948. Su gestión dejaría una huella en la educación superior de la cual todavía somos deudores. Al comenzar sus tareas encontró que la universidad colombiana se regía por una división tripartita heredada del siglo XIX: tres facultades y tres profesiones (Ingeniería, Medicina y Derecho). Pero entre tanto el país había cambiado, el conocimiento se había transformado radicalmente, y nuevas ciencias y oficios habían surgido en el escenario internacional. En otras palabras, la vieja estructura académica no respondía a las demandas del momento. Halló que en la universidad más importante del país no había lugar para el estudio de las matemáticas, de las ciencias naturales, de las humanidades y de las ciencias sociales, disciplinas todas que tenían un puesto bien ganado en las instituciones de buena parte de las naciones del orbe occidental. Molina rompió con esta asfixiante estructura y abrió nuevas especialidades. Creó institutos de filosofía, economía y psicología, que al poco tiempo se transformaron en facultades con alguna inclinación por los trabajos de investigación, un rasgo extraño en la universidad colombiana de aquellos años. A estos cambios sumó otros no menos significativos. Sentó las bases para la profesión académica. Los catedráticos, los profesionales en ejercicio que destinaban algunas horas a la semana para atender una asignatura, generalmente por razones de prestigio, comenzaron a ser reemplazados por docentes de tiempo completo. A ello agregó la fundación de una revista y de un centro editorial, con los cuales quería difundir la producción intelectual de los profesores y las investigaciones promovidas por los institutos.

Cuando Molina finalizó su período rectoral, la situación del país era muy distinta a la de 1944. El partido liberal había perdido las elecciones y ahora la presidencia estaba en manos de los conservadores. Además, pocos días antes de la entrega de su cargo al rector siguiente, el médico y sociólogo Luis López de Mesa, otro antioqueño, la capital se había alzado en armas con ocasión del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. Molina participó en el Bogotazo, en las jornadas del 9 de abril del 48 para ayudar —según sus propias palabras— “a la causa popular”, y a finales de aquel mismo año se fue a Francia para escapar de la dominación conservadora. Su nombre estaba estigmatizado y las posibilidades de un ejercicio profesional seguro eran limitadas. Molina permaneció en París 5 años, dedicados al estudio de la teoría política y a la observación de las tensiones que acompañaron la reconstrucción de la Europa de posguerra.

Al regresar al país a comienzos de 1954, nuestro insigne rector era en muchos aspectos un hombre diferente. En sus maletas traía los originales de *Proceso y destino de la libertad*, un libro que la Universidad Libre llevó a la imprenta en 1955. En el pasado había publicado numerosos trabajos periodísticos y no pocos informes oficiales, pero nada de sabor académico, salvo algunos ligeros apuntes extraídos de sus “Conferencias” de derecho público y de derecho laboral. Sólo con *Proceso y destino* entró Molina a la historia del pensamiento social colombiano, y a una edad tardía si la comparamos con la de sus compañeros de generación más cercanos. Recordemos que para aquella época Nieto Arteta, siete años más joven que Molina, había publicado ya *Economía y cultura en la historia de Colombia* y numerosos ensayos de filosofía del derecho. Lo mismo ocurría con Antonio García, quien ya tenía en su haber la celebrada *Geografía económica de Caldas* y varios trabajos de crítica social y política; o con Guillermo Hernández Rodríguez, cuyo libro *De los chibchas a la Colonia y a la República*, uno de los clásicos de la renovación de los estudios históricos nacionales, llevaba ya varios años en el mercado. Si Molina hubiera muerto a la edad de su amigo Nieto Arteta, a los 43 años, no estaríamos hablando de él en este momento, pues sólo muy cerca de su 50 aniversario se decidió por investigaciones de largo aliento. Antes de salir a la calle su texto de teoría política, era conocido como un político de izquierda, como un profesor y exitoso administrador universitario, pero no propiamente como un intelectual.

*Proceso y destino* estudia el desenvolvimiento de la libertad en Occidente desde la Revolución Francesa hasta la caída del nazismo en 1945. A continuación ofrece un balance sobre la suerte de la libertad en el mundo actual, esto es, durante los angustiosos días de los comienzos de la guerra fría. Es quizá el libro más importante de teoría política salido de su generación, y si Nieto Arteta y Ospina Vásquez inauguraron los estudios de historia económica en nuestro medio, Molina inició el campo del análisis con marcos de referencia que todavía hoy se emplean para el análisis del poder.

Durante la segunda mitad de la década del cincuenta, las actividades de Molina giraron alrededor de la docencia universitaria y del ejercicio profesional. En 1955 fue nombrado rector encargado de la Universidad Libre, pero su nombre encontró tantas resistencias en los sectores conservadores de la capital —en los jefes de la Iglesia especialmente—, que al cabo de unos meses dejó el cargo para evitar confrontaciones que pudieran lesionar el nombre de la institución. Por aquellos días, y “en representación de todos los prelados de Colombia”, Su Excelencia el Cardenal Arzobispo Crisanto Luque amonestó a los miembros de la consiliatura de la Universidad, diciéndoles que “contraerían una gravísima responsabilidad ante Dios, ante la Iglesia, ante la Patria y ante la juventud misma, si no tomaban las providencias conducentes a dejar sin efecto el nombramiento [del doctor Gerardo Molina]”. Como en el Medellín de los años veinte, el espanto de las presiones dogmáticas del más crudo confesionalismo, volvían a aparecer en su vida, obstaculizando sus labores universitarias.

Pero en 1960, cuando el Frente Nacional cabalgaba sobre su segundo año y las inquinas eclesásticas se habían calmado, las directivas de la universidad de Benjamín Herrera lo llaman por segunda vez a la rectoría. Molina estará al frente del cargo durante cuatro años, y aunque no sabemos mucho de sus programas y de sus realizaciones —aquí hay tema para una buena tesis de grado de un estudiante de la Libre—, no ignoramos que durante su gestión la institución creció considerablemente. Siguiendo la experiencia de la Universidad Nacional, diversificó la enseñanza limitada exclusivamente a la formación de abogados. Abrió la Facultad de Educación para formar, según sus

propias palabras, “los profesores modernos que el país requiere”. Allí promovió especialidades en humanidades (filología e idiomas), en ciencias sociales (economía, geografía e historia) y en ciencias naturales (física, biología y química). Leyó la universidad a otras ciudades, impulsó las publicaciones para estimular el trabajo de los profesores y abrió la carrera docente para cubrir los vacíos de los catedráticos. Manifestó interés, además, en la creación de un Instituto de Ciencias Políticas para entrenar los grupos directivos del país por fuera de “la improvisación, el favoritismo y las dinastías de apellidos”. En Francia había frecuentado las aulas de la famosa Escuela de Ciencias Políticas de París, la institución encargada de formar los analistas del poder, los funcionarios públicos y los cuadros directivos del Estado francés. La idea no cristalizó — no encontró quizá los recursos materiales y humanos necesarios para impulsar el programa—, pero la propuesta sugiere el talante innovador y la voluntad de cambio que impulsaba su gestión académica. Los estudios políticos tendrían que esperar cerca de veinte años para encontrar un lugar estable en la educación superior colombiana.

Después de la regencia de la Libre, Molina retorna a sus investigaciones histórico-políticas. Si *Proceso y destino de la libertad* había sido una reflexión acerca de la experiencia europea, ahora deseaba estudiar el caso de Colombia. Para ello se embarcó en una ambiciosa investigación que se tradujo en los tres volúmenes de *Las ideas liberales en Colombia*, su contribución más duradera en el campo de los estudios históricos. El libro cubre un período de algo más de cien años: parte de las reformas de 1849 y llega hasta comienzos del Frente Nacional. En sus páginas estudia las obras de los pensadores más representativos del liberalismo, los programas del partido, las realizaciones de los gobiernos más inclinados hacia el cambio y las grandes controversias sobre la dirección del Estado. Festeja los hitos de raigambre popular y fustiga la defensa de los intereses de las clases altas. Tiene los mejores ojos para los movimientos sociales, para las reivindicaciones obreras y campesinas y para la defensa de las reformas sociales y económicas tomadas de las canteras socialistas. Su documentación es variada, sin olvidar las fuentes primarias, representadas ante todo por la familiaridad con algunos periódicos del siglo XIX y del siglo XX. Hoy en día es el mejor registro que tenemos de la aventura liberal en Colombia, no obstante que muchas de sus apreciaciones exigen un tratamiento más riguroso y sin duda menos efusivo.

## 3

Molina publicó el último tomo de *Las ideas liberales* en 1977, poco después de cumplir los 71 años. Todos podrían pensar que al llegar a esta cima gerontocrática, su ciclo intelectual y político estaba por concluir. Sin embargo, para sorpresa de sus admiradores, y quizá de él mismo, nuevos retos estaban por llegar. Su actividad intelectual se multiplicó. En 1981 sacó a la luz el difundido *Breviario de ideas políticas*, en 1987 *Las ideas socialistas en Colombia*, dos años después una edición ampliada de *Proceso y destino de la libertad*, y a continuación se embarcó en un estudio sobre *La formación del Estado en Colombia*. Pero esto no fue todo. En 1982 su nombre fue escogido por una coalición de los grupos de izquierda para la Presidencia de la República. Aceptó la postulación, y a los pocos días los colombianos vieron con asombro y admiración cómo el Néstor de la izquierda nacional salía a las plazas públicas analizando los problemas sociales y económicos del país. Molina tenía muy claro que la edad es un privilegio y como tal, fuente de renovadas obligaciones hacia los demás.

En pocos meses recorrió las capitales de los departamentos hablando de la violencia, el desempleo, la salud, la educación y el socialismo democrático. En sus cuatro discursos televisados, que condensan el pensamiento político de sus últimos años, se presentó a la nación como un maestro de educación política. Con serenidad, pero no por ello con menos énfasis, discutió los problemas del atraso económico, de la desigualdad social, la democracia, el ejército y la nación. Analizó los rasgos de la democracia restringida y el papel de las fuerzas armadas en un entorno minado por profundas tensiones sociales y políticas. En su intervención sobre el ejército, para muchos la más aguda, afirmó categóricamente que según el mandato constitucional, el establecimiento militar tenía como función salvaguardar la seguridad de la *nación* —esto es, de “la totalidad de la población instalada en un territorio con sus instituciones, sus costumbres y sus aspiraciones”—, y no los intereses de un grupo social determinado. Pero en los últimos años, observaba, las fuerzas armadas se estaban convirtiendo en un instrumento de persecución de un grupo de colombianos contra otro sin atención alguna a los derechos humanos; en el foco de una guerra civil. Y para que este proceso no alcanzara mayores proporciones, pedía con energía una solución política a los conflictos en curso. Insistir en la solución militar contra los alzados en armas era un error; el movimiento guerrillero crecía y el ejército se mostraba incapaz de contener sus desplazamientos. Todavía hoy nos debatimos en este callejón sin salida, y nunca las palabras de Molina parecen ser más actuales: mesa de negociación o conflicto armado sin rumbo.

En lo que respecta a la democracia, Molina no fue menos enfático en sus charlas televisadas. A su juicio, ella sólo adquiere realidad cuando se rompe con el subdesarrollo y se supera el analfabetismo y la desigualdad social. Para alcanzar estos fines, divulgó un socialismo democrático, una organización de la sociedad sensible a la expresión de los intereses no sólo de las clases obreras y campesinas, sino también de los sectores medios y de aquellos grupos que rebasan la noción de clase: la mujer y la juventud. Todos ellos deben participar en la dirección de la sociedad y ésta debe atender a sus demandas. Su socialismo era ajeno, además, a la violencia y a la autoridad férrea de estirpe leninista. Ya en su libro sobre la libertad y en su *Breviario de ideas políticas* había promovido extensos alegatos contra las nociones de dictadura del proletariado y del partido único como vanguardia de la clase obrera. Esta postura crítica no ofrece mayores resistencias en los medios revolucionarios de hoy —sobre todo cuando hemos asistido a la caída de la experiencia soviética—, pero en los años cincuenta era considerado una “traición”, una felonía contra la izquierda y los reclamos de los movimientos populares. Lo que Molina quería mostrar era que sí el socialismo es liberación, desde un comienzo la idea de participación debía nutrir el tejido de la nueva sociedad. A ello sumaba una conciencia del costo de las transformaciones sociales. Si la búsqueda del cambio era a su vez la búsqueda de la felicidad, el bienestar de la población, debía evitarse a toda costa una carnicería de hombres y mujeres en el proceso revolucionario. Lo asistía, en síntesis, una ética de la responsabilidad, aquel deber que pide en todo momento el examen de las consecuencias de las decisiones tomadas. Si la función del político es actuar en representación de los otros, si su proceder arrastra consigo la suerte de los demás, debe estar atento a las tensiones entre medios y fines —entre los costos y las ventajas que se pretende alcanzar con las acciones emprendidas. Todos aquellos que sean indiferentes a esta tensión, no deben asombrarse por lo tanto si a una tragedia que buscan superar, unen otras que terminan haciendo del proceso revolucionario un holocausto y no propiamente el camino de la felicidad humana.

Este es, sin duda, uno de los grandes retos de la ética de nuestro tiempo. Las nociones de lo bueno y lo malo, de lo legítimo y deseable, se han diluido en medio de declaraciones encontradas nada fáciles de aislar, y menos todavía de armonizar. Entre tanto, la violencia, la presencia de la fuerza en la vida cotidiana, ha comenzado a ganar terreno y a ignorar el derecho y las normas originadas en el consenso. Este fue quizá el desafío de las directivas de la Universidad Libre cuando decidieron consagrar la primera entrega de la cátedra Gerardo Molina al tema de las relaciones entre *Ética y Derecho*.